

# Frida Kahlo. Mujer, ideología, arte

Ana Lau J.\*

Hablar de la condición de la mujer es un acto político, no hablar también es un acto político.

Las nuevas perspectivas de análisis en las ciencias sociales producen conocimiento a partir de investigaciones novedosas que no sólo ensanchan nuestro panorama, sino que ofrecen ópticas diversas que nos llevan a alcanzar una visión global de los problemas propuestos. El libro que tenemos en las manos es un ejemplo de ello. Tiene la ventaja de que no se ocupa de su objeto de estudio en una sola dirección, sino que lo trata desde varios ángulos capaces de abarcarlo y explicarlo con la finalidad de comprenderlo. **Frida Kahlo. Mujer, ideología, arte**\*\* es un texto escrito con lenguaje ameno, resultado de una concienzuda búsqueda por esclarecer y discutir los conceptos básicos de ideología y arte para mostrar la forma como el sexismo y el androcentrismo se encuentran subsumidos en las prácticas sociales, por lo que a primera vista no parecen ser detectables.

En un análisis cuestionador que apoya y argumenta por qué la naturaleza femenina no es inherente al ser mujer y cómo a través de ciertos aspectos del proceso artístico y de su vínculo con la ideología, es posible buscar el origen del sexismo, Eli Bartra se aboca a relacionar arte y feminismo partiendo de la premisa de que hay que comprender la historia del arte en general, y dentro de ella la creación femenina, para entender los procesos artísticos que han desarrollado las mujeres, pero no como un agregado, sino dentro del contexto del arte a partir de las características que asume la condición femenina en el tiempo y el espacio. La metodología feminista será el punto de arranque que trasminará el texto y su relación entre ciencia e ideología será el vehículo que nos llevará a examinar si es que existe o no un arte femenino y cómo se manifiesta en su especificidad.

\* Instituto Mora

\*\* Eli Bartra *Frida Kahlo. Mujer, ideología, arte*, Barcelona Icaria Editorial, 1994, 2a. e.d., 119 p.

El libro está dividido en tres grandes apartados, epílogo y bibliografía, cada uno con una lógica propia, encaminados todos ellos a demostrar, por un lado, que no existe la neutralidad en la ciencia y que el mundo está dividido —nos guste o no— en dos sexos. Por ello, desde el inicio la autora se impone como hilo conductor rastrear el sexismo vinculado a la ideología y cómo esta ha permeado al arte y —podríamos añadir— ha dejado su huella indeleble en la vida cotidiana de los/las individuos/as.

A partir de un interesante cuestionamiento de lo que se ha dicho alrededor de la ideología, Eli Bartra contrapuntea la realidad de lo que sucede con las mujeres e intenta "poner de manifiesto el carácter ideológico (sexista) de todo el proceso y mostrar que el arte no puede ser considerado como una creación del ser humano en lo general puesto que éste no existe" (p. 42).

De ahí pasa a examinar la relación entre arte e ideología como constitutiva del proceso artístico y expresión del ser humano, para lo cual se apoya en el origen de la desigualdad de los sexos a partir de la división sexual del trabajo que ha permitido que se considere socialmente a las mujeres sólo en su función reproductora y no como creadoras artísticas. Ello se desprende no de la creación, sino de la invisibilidad con que han sido tratadas por la historia. En este sentido, cuestiona las dos líneas de estudios histórico-feministas que tratan de elucidar el por qué del olvido de la presencia femenina en el arte: la que propone el rescate a partir de la exclusión intencional de la historia y la que inserta a las mujeres dentro de la creación a través de la excepción. Sugiere, por lo tanto, una reinterpretación de la historia a través de una lectura distinta, en la que los hechos como tales sean explicados bajo una óptica que parta del reconocimiento de la opresión y de la subalteridad de las mujeres (p. 64).

Eli Bartra propone como alternativa un tercer camino: afirmando que existe un arte femenino

que hay que ver como un proceso social global pero en su especificidad y a partir de la diferencia con el arte masculino, explicando esta diferencia (p.53).

Además —y en esto creo que reside la importancia de este trabajo—, con el fin de resolver las interrogantes, se plantean más preguntas que problematizan las cuestiones de método debido a que no ven más allá de sus premisas y, por lo tanto, no se interesan en una visión global de la realidad; con ello no explican la existencia o la carencia de un arte femenino. El análisis incluye un cuestionamiento de la producción, distribución y consumo que se hace del arte femenino y su relación con el valor social que representa.

La creación artística feminista puede verse de dos maneras: una involuntaria que no impugna aunque expresa la opresión y otra voluntaria que decididamente enfrenta los valores dominantes estructurando nuevos lenguajes, como, por ejemplo, "el estado de ánimo ante la realidad que se traduce en una forma de expresión". En ocasiones, esta forma de manifestación femenina está representada por la cólera y la agresividad, que exhibe el descontento, la rebeldía y la insatisfacción ante las injusticias sociales. Importa poner énfasis en que el arte feminista representa una lucha en contra de la condición subalterna de las mujeres y tiene un contenido político subversivo en lo cotidiano, que repercute en lo social.

Toda la discusión teórica que presenta la autora desemboca en el tercer capítulo cuando enfoca su explicación a partir del arte y los mecanismos de la ideología en la obra de Frida Kahlo y Diego Rivera. Apunta que su elección de la obra de esta pintora está determinada por su inquietud en el presente, por lo que es individual y subjetiva, "¡porque Frida me encanta!", y por los sentimientos que le provoca, "me toca fibras sensibles", lo que no le resta rigurosidad al estudio, vale la pena recordar

que es nuestro presente el que nos motiva a desarrollar la problemática que como investigadores queremos develar.

Eli Bartra encuentra como constante en Frida Kahlo la unidad de su vida con su obra. No hay separación entre vida pública, ámbito privado y obra. Además, en su relación con Diego Rivera encuentra el contrapunto necesario para explicar las atribuciones de género; considera que ambos representan un estereotipo que permite ejemplificar las manifestaciones de la ideología dominante. Una diferencia importante que destaca en la obra de Frida es la visión que tiene de sí misma. Lo personal se expresa en su pintura, se desnuda en sentimientos y pensamientos y desafía los valores de la ideología dominante al trazar aspectos de la cotidianidad femenina, como abortos, partos, amantamientos; su expresión es femenina y parte de que lo personal es político, lo cual expresa por medio de su pintura. Su mundo, sus valores están contenidos en esa manifestación artística que no sigue un modelo que no sea ella misma; en esto reside la especificidad de su arte en tanto creación. Y en la misma situación están las mujeres artistas feministas que voluntariamente (conscientemente) representan sus vivencias cotidianas ya sea en la pintura o en la escritura.

A continuación, la autora expone, con una argumentación bien sustentada, cómo se construye la identidad femenina en Frida, utiliza para ello sus retratos con ropa masculina ¿Estamos tan imbuidas en el papel protagónico de los hombres que necesitamos hasta vestimos como tales?, ¿creemos romper con ello nuestra propia identidad genérica con el fin de ser consideradas sujetos con valor social? Eli Bartra intuye que será a través de la adopción del traje de tehuana como la pintora podrá asumir la rebeldía frente al mundo circundante pues aquí simboliza una imagen de mujer fuerte y con control. En este punto la autora lleva a cabo una minuciosa arqueología del pensamien-

to de Frida a través de los testimonios con que cuenta, para hacer visible el sentido ideológico que queda oculto y se imprime en las prácticas y comportamientos sociales. Otro fenómeno que examina atinadamente es la dualidad en que Frida esta inmersa, la dicotomía entre mundo público/ámbito privado, hombre/mujer, mexicana/europea, dolor/felicidad, popular/culto y cómo está marcada por categorías ideológicas a veces conflictivas y en ocasiones armónicas.

En contraposición, cabe mencionar que el mundo plástico de Diego Rivera se ubica en lo público; su acercamiento al arte no se da en íntima relación con su vida privada, aunque su referente necesariamente parta de su entorno social, en el que priva una visión androcéntrica que vierte en su obra al igual que en su concepto de lo que es la mujer, donde hay un paralelismo sorprendente (p. 90), que se traduce en considerarlas como apéndice de los hombres, y sólo en sus papeles genéricos asignados, y también como dualidades madres/esposas, santas/putas, ilustradas/militantes, pobres/ricas, como lo muestran sus temas y el tratamiento que de ellos hace. Crítica la obra de Rivera con una mirada distinta, en la cual encuentra un código mental trasminado por el sexismo y el machismo. Si tradicionalmente se había considerado que la obra de Diego Rivera era revolucionaria, Bartra nos muestra la otra cara de la moneda en una observación que se apoya en lo que no es para analizar lo que realmente despliega y la manera como se ha legitimado y reproducido lo que algunos artistas dicen querer transformar. "De ahí que la función del arte puede ser la de contribuir a perpetuar o la de ayudar a la transformación de un 'orden' social injusto" (p. 97). Concluye poniendo énfasis en "la necesidad de realizar investigaciones con una perspectiva feminista apoyada en una metodología que permita abarcar a ambos géneros y estudiarlos dentro del contexto social para, de esta manera, explicar las deformaciones y errores provenientes de la concepción androcéntrica" (p. 105).

Hemos acompañado a Eli Bartra en el transcurso de una argumentación sensible y puntual y hemos encontrado la importancia de observar desde otra óptica a sujetos tradicionalmente no considerados por la investigación erudita, con el fin de recuperarlos en tanto objetos de estudio. La especificidad y alteridad de las mujeres creadoras se manifiesta cuando quitamos el velo del sexismo

que las oculta intencionalmente; las hemos descubierto en otras esferas del mundo real donde ejercen y desarrollan sus actividades cotidianas; es en esa diaria tarea como se construye la visión de su identidad y entonces nos aparecen formando parte de ese complejo de relaciones sociales que es una humanidad constituida por dos sexos.